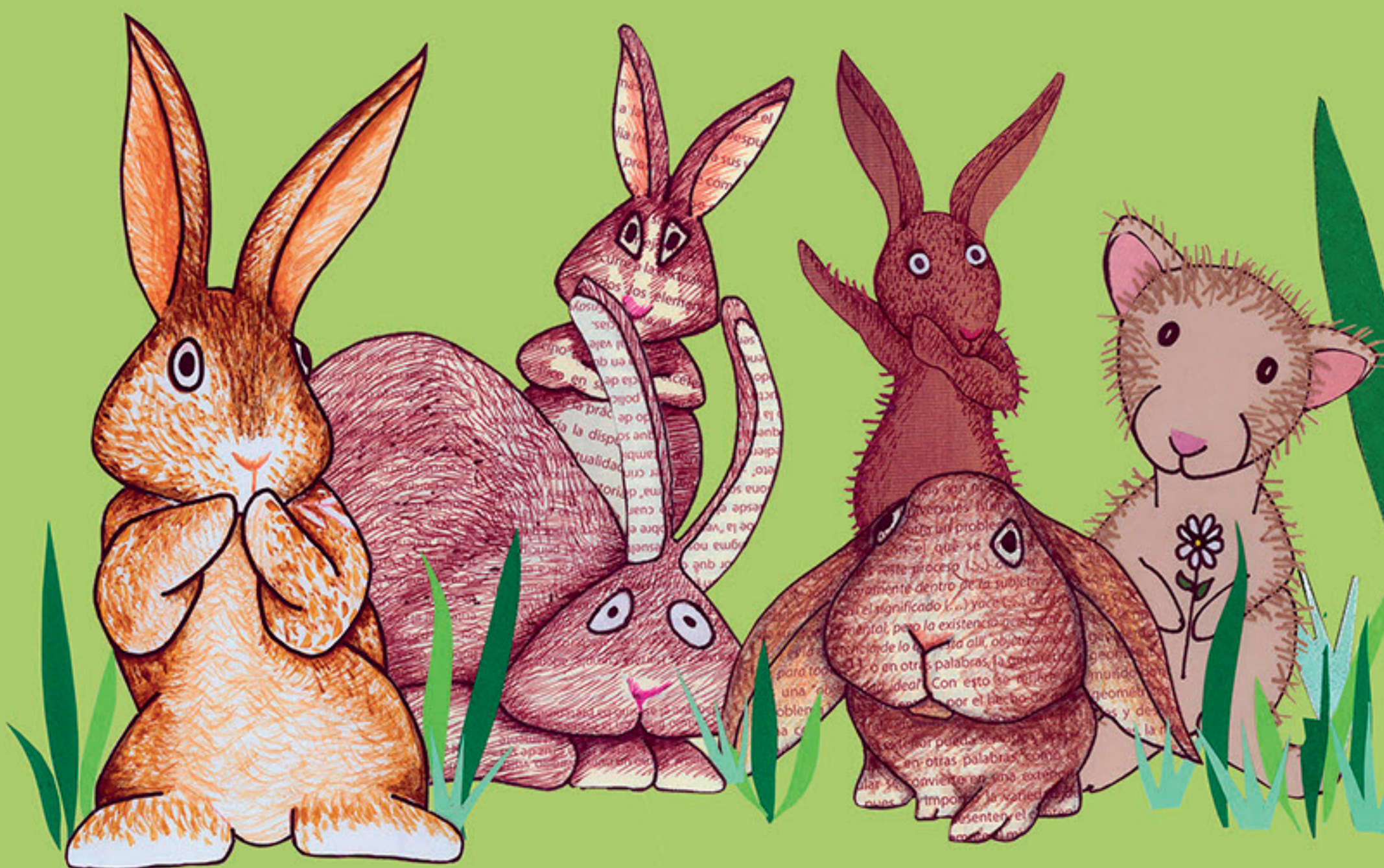


CONGRESO DE VEGANOS

Miguel Ángel

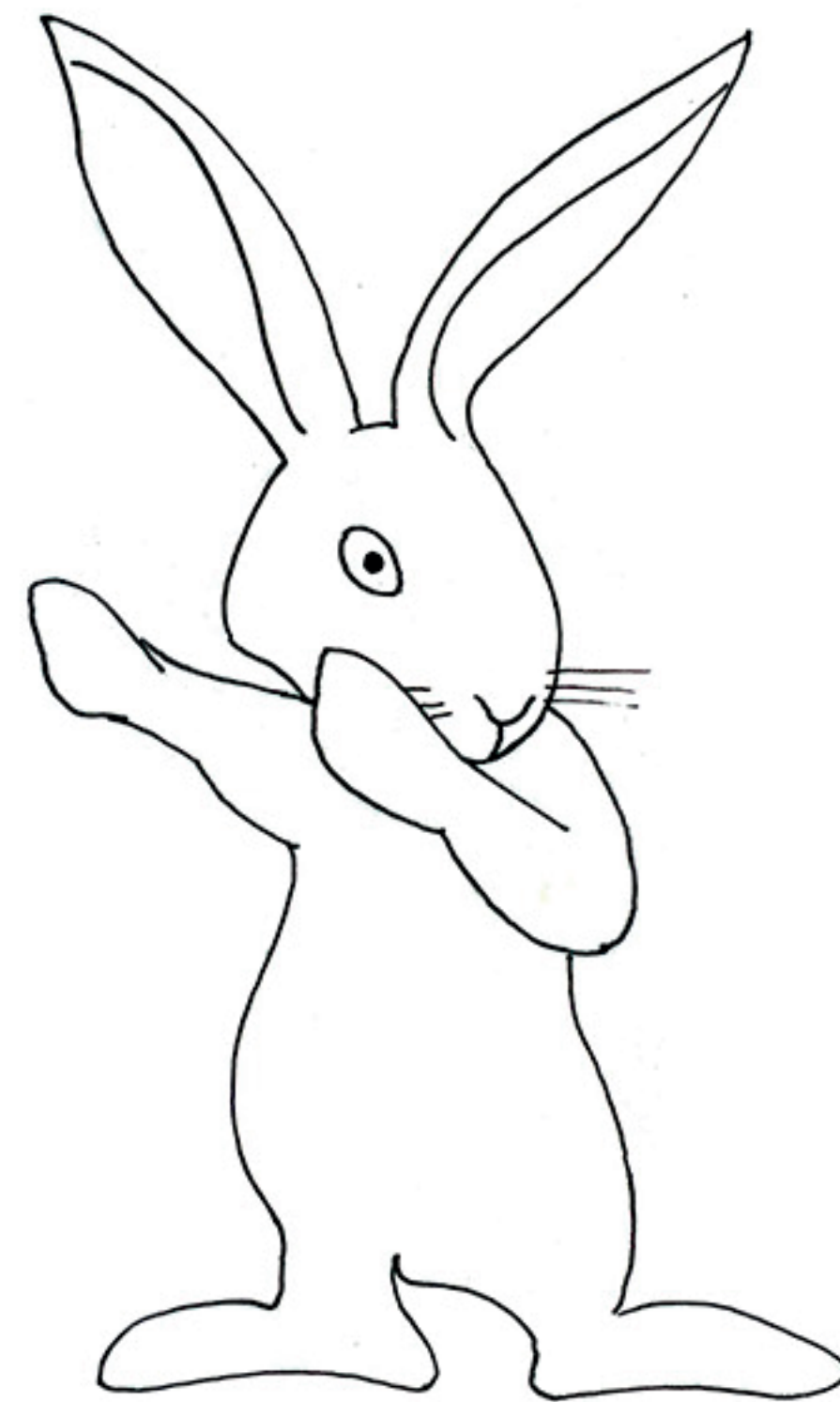
Izquierdo Sánchez

Ilustraciones de Chuyasso





CONGRESO DE VEGANOS



CONGRESO DE VEGANOS

Miguel Ángel Izquierdo Sánchez

Ilustrado por Chuyasso



Diseño: Ricardo Ariza

Formato digital: Ulises García

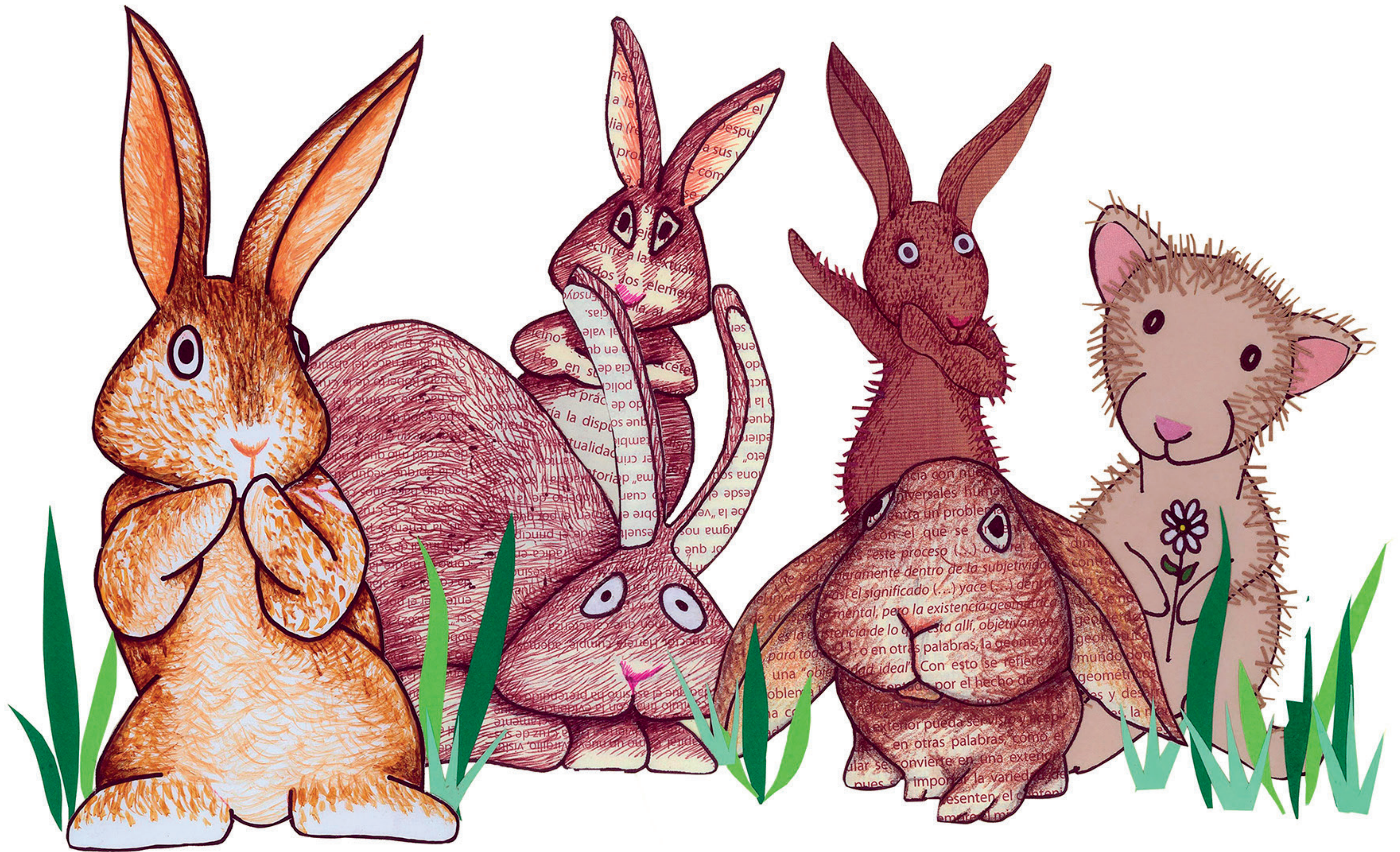


Todos los derechos de la obra reservados por

Miguel Ángel Izquierdo Sánchez

Agradeceré sus opiniones al correo: izquier1953@gmail.com

Hecho en Cuernavaca, Morelos. México.



Como todas las madrugadas, un anciano conejo paseaba por los campos de la Hacienda La Luna, en Morelos. Lo hacía apoyado en un bastón, quejándose amargamente de sus rodillas, suspirando por los tiempos de antes, cuando era joven y hábil corredor. Por entonces salía con sus amigos a recorrer los campos y cultivos vecinos sin limitación alguna. No había barda, cerca o arroyo que les impidiera deambular por donde quisieran, comer lo que se les antojara y hasta darse el lujo de escoger entre las mejores plantas para comer.

En eso vio un enorme anuncio, muy similar a los que uno y dos años antes habían colocado a la entrada de la Hacienda. Recordaba perfectamente que días después de haber aparecido tal anuncio, llegaron centenares de comensales a la Hacienda y que expusieron cierto día posterior, unos platillos que se veían muy apetitosos. Por desconocimiento de la organización de los visitantes, no pudieron en aquellas ocasiones, como manada de conejos, coordinarse para dar una probadita, al menos, a aquellos platillos. Pero esta vez, se dijo, “haremos todo por degustarlos”.

Convocó esa misma noche a reunión general de la manada de conejas y conejos de la Hacienda y de campos vecinos, formando, muy ordenados, tres filas: al frente el Consejo de Ancianas y Ancianos conejos, enseguida, los jóvenes hembras y machos, y al último, por inquietos, los conejos pequeños con sus padres que los cuidaban cercanamente por todas las travesuras de que eran capaces.

Así inició la reunión:

— ¿Les gustaría probar unas deliciosas ensaladas con especiales aderezos, en mesas con manteles de lujo, y chuparse los bigotes de tanto gusto?

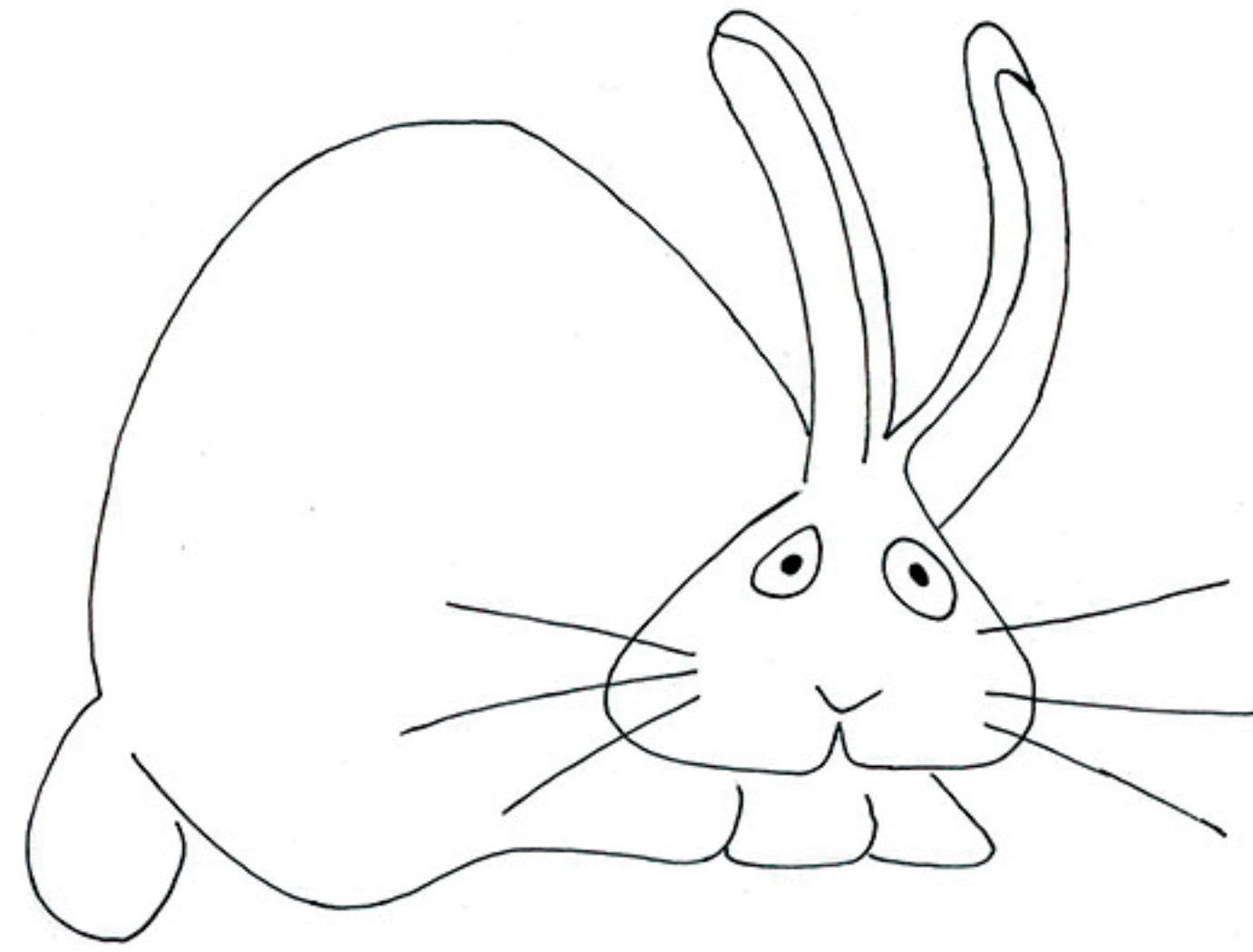
— ¡Sí! —fue la respuesta general, muy animada, mientras pasaban sus lenguas por los bigotes, lamiéndoselos, como si ya estuvieran comiendo.

— Bueno, pues atiendan las indicaciones que les haremos, nos vamos a preparar para en días próximos ir de pic-nic al casco de la Hacienda. Ahí nos prepararán las mejores ensaladas y platillos del país.

Sólo los bebés conejos no sabían de qué hablaba, los demás estaban felices de la nueva aventura que estaba organizando el Venerable Anciano Conejo, como le llamaban todos con cariño.

A todos ellos animó el motivo de su junta: probar aquellos deliciosos platillos que años antes habían visto y se quedaron con las ganas de probar. A todas luces eran platillos veganos, muy apropiados para sus dietas conejiles. Así que con mucha atención, formaron las comisiones necesarias para hacer eso posible, entre ellas la comisión de vigilancia, que avisaría mediante chillidos peculiares de los peligros que pudieran aproximarse; la comisión de distractores, que con mañas, trampas o acción teatral, estaría encargada de atraer a personas o animales hacia otro lugar, cuando se aproximaran a sus cuevas o lugares de acción; la comisión de seguridad, que guiaría a la manada al gran evento y la regresaría a salvo, por sus pasadizos y cuevas, cuando fuera necesario, terminado su plan alimentario.

A la mañana siguiente, la chiquillería de conejos jugó a la salida de sus hoyos, a ser cada quien miembro de las comisiones, ensayando lo que tendrían que hacer en caso de que fueran jóvenes. Así que probaron a activar el sistema de comunicación ante el peligro: mover con cierta inclinación una oreja, o las dos orejas; dar un salto o maroma para adelante o para atrás; tirarse al suelo para simular estar muerto; lanzar chillidos de variadas intensidades, apretando las quijadas, entre otros ejercicios divertidos que los



más experimentados ya dominaban. Eso hicieron, muy divertidos todos, los siguientes días antes del muy esperado evento.

Cierto era que La Asociación Nacional de Auténticos Veganos, la ANAVE, acordó realizar su tercer congreso en esa Hacienda, considerando que era el lugar ideal para celebrar el espíritu que ligaba a todos sus miembros, dada la exuberancia vegetal que en ella y en toda la zona se disfrutaba, con preciosos árboles frutales junto a un arroyo en que dormían bellas parvadas de aves canoras y cultivos veganos de primera calidad, que eran el orgullo de los agricultores morelenses, como de las asociaciones de turismo y restauranteros y por supuesto, de los comilones de sus derivados alimenticios.

Para dar realce al Congreso, el comité organizador resolvió invitar selectivamente a los más reconocidos Chefs del país, por preparar originales y deliciosos platillos veganos, que eran el encanto de tragones moderados y consumados, pero al fin, veganos. Ellas y ellos presentarían a concurso ante los asistentes, sus mejores platillos antes de la comida de clausura del Congreso, y un Gran Jurado calificador haría la degustación respectiva para seleccionar a los primeros lugares, que serían premiados de forma especial.

Se llegó el día de la solemne Clausura del Congreso. La gran nave de la Hacienda, que había sido en otro tiempo el espacio de preparación de leños para alimentar continuamente los chacuacos en los que se hervía el jugo de caña, con el que se elaboraba el azúcar y el piloncillo, fue utilizado como espacio de presentación de conferencias y acuerdos de los congresistas. Por su parte, el Jardín de las Delicias, localizado frente al estanque de la Hacienda, fue destinado a las mesas sobre las cuales se colocaron los platillos seleccionados para el concurso. Todo estaba lujosamente adornado para hacer de aquél, un congreso memorable, único, irrepetible.

Las mesas estaban puestas, los platillos lucían elegantemente sobre ellas y las edecanes a cargo de la exhibición, después de corroborar que todo estaba en su lugar y armónicamente colocado, se reunieron para charlar en la sala vecina, desde donde podrían echarle un ojito a sus arreglos gastronómicos. Sabían que en una hora más el Congreso se daría por terminado y que los asistentes pasarían a la degustación y a la lectura de la lista de premiados por el Gran Jurado.

...un Gran Jurado calificador haría la degustación respectiva para seleccionar a los primeros lugares, que serían premiados de forma especial...

En ese preciso momento, los conejos de la comisión de vigilancia informaron al Venerable Anciano Conejo que había llegado el momento de iniciar su importante plan. Todos los responsables de las comisiones estaban ubicados en sus sitios, y no había peligro inmediato que enfrentar. El Venerable Anciano Conejo emitió el gran gruñido, señal para que la manada avanzara con prisa hacia las mesas.



Todos los responsables de las comisiones estaban ubicados en sus sitios, y no había peligro inmediato que enfrentar. El Venerable Anciano Conejo emitió el gran gruñido, señal para que la manada avanzara con prisa hacia las mesas.

Después de andar por pasadizos oscuros bajo la tierra, brincar cercas y cruzar por enormes raíces de árboles, con mucha agilidad y apoyados unos sobre los otros, iban brincando hasta subir a las ornamentadas mesas, que lucían como nuevas, con manteles de suaves colores pastel y con los arreglos florales más elegantes del rumbo.

Una vez arriba, cada uno de los conejos, chicos y grandes, se empujaban e iban desfilando hasta llegar a probar los platillos. Primero pasaron los pequeños, conducidos por sus padres, quienes los apuraban para que no se entretuvieran con los platillos que les parecían más sabrosos. Enseguida iban pasando los jóvenes y adultos solteros. Todos ellos hacían algo curioso después de degustar cada platillo: en algunos casos ponían una patita sobre la tarjeta con el nombre del platillo y su autor, y en otros casos no lo hacían. Por momentos parecían discutir entre ellos y hacían caras o gestos de disgusto o de sumo placer, mientras probaban aquellos portentosos platillos.

Así desfilaron por lo menos treinta conejos de todos los tamaños, ya haciendo cabriolas, o haciendo gestos de satisfacción y de “buen provecho”. Estaban como en una gran fiesta, su fiesta.

De repente, un joven conejo vigilante hizo un agudo chillido que movilizó de inmediato al resto de la manada. Él había notado que varias edecanes dejaban la sala en que conversaban y se dirigían al patio de la exhibición. Enseguida se escuchó por la bocinas de la nave en que se realizaba la clausura, la indicación a los asistentes de que pasaran al “Jardín de las Delicias”, para proceder a la degustación de los más destacados platillos concursantes y que en su caso serían premiados por el Gran Jurado.

Mientras tanto, con muy ensayado orden, los padres jalaron a sus pequeños conejitos hacia la cueva más cercana para esconderlos, junto al estanque, y los ancianos y jóvenes supervisaban que ninguno de la manada se retrasara en llegar a buen resguardo.

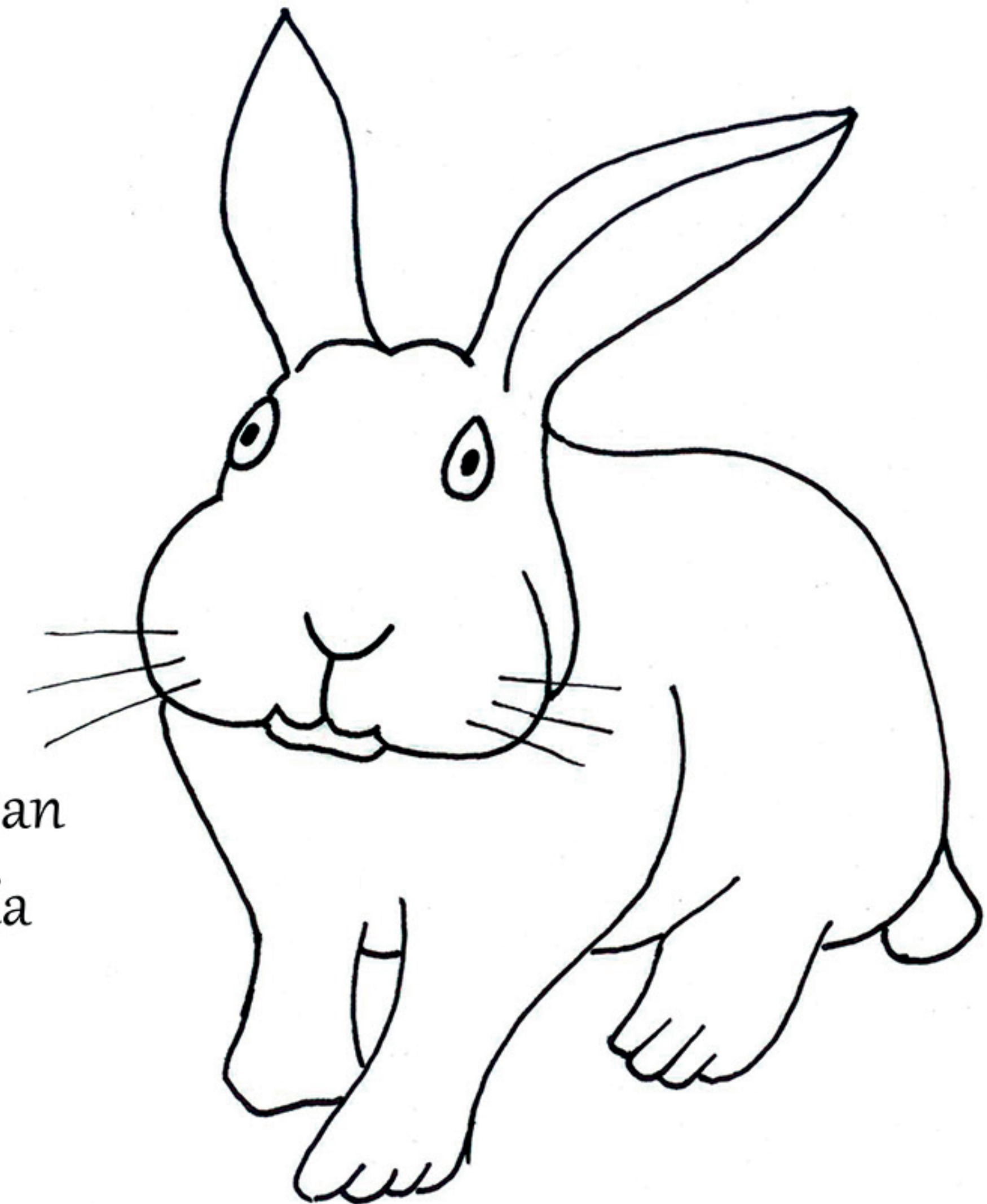
La Jefa del Concurso Vegano encabezó al Gran Jurado dictaminador, así como a los congresistas, en su paso hacia el Jardín de las Delicias. Ella fue la primera en gritar estruendosamente, con sumo enojo y desesperación:

— ¿Pero qué ha pasado aquí? ¡Edecanes!, ¿quién de ustedes se ha atrevido a deshacer nuestros mejores platillos? ¡Han arruinado nuestra ceremonia de premiación! ¡Miren cómo han quedado estos manjares!

La comitiva que la acompañaba, entre ellos los Chefs concursantes, se jalaban los cabellos, aventaban sus cofias al suelo con rabia, maldecían en todas direcciones.

— ¡Despiadados! ¡Han destruido originales obras de la cocina vegana, de talla internacional!

—gritó un Chef suplicando al cielo salir de esa pesadilla.
— Infames —gritó otra Chef, buscando al culpable y sacando un cuchillo de entre su uniforme.
— ¡Brutos y malditos! —calificó de esa manera a los perpetradores una joven y hermosa Chef que estaba segura de ganar el concurso.
— ¡Qué enorme descuido! ¡Qué irresponsable ha sido la Jefa del Concurso que permitió esta debacle! Debemos aplicarle una sanción ejemplar —propuso el decano miembro de la Asociación.
Así siguió la retahíla de quejas, maldiciones y extrañamientos de cada uno de los concursantes, mientras otros asistentes sonreían o reían discretamente al ver descompuestos los rostros y ropas de los Chefs que esperaban conseguir un premio.
— ¡Ah! Debe ser un complot de los miembros de la asociación de auténticos carnívoros, o de los envidiosos Chefs extremistas carnívoros, que no soportan ver el avance de nuestra organización —afirmó un miembro del Consejo de la Asociación.
— Será de la desorganización —se burló una crítica asistente al Congreso.
En las mesas con los platillos todo era un batido: la padecería de componentes estaba regada por todos lados, las salsas y aderezos estaban tiradas sobre los platillos y extrañamente, ya por aquí, ya por allá, había



pequeños montoncitos de bolitas verdinegras, muy esféricas.

— ¡Qué horror! ¡Alguien ha aventado cacas de conejos a nuestra sacrosanta mesa de platillos! Sin duda han sido los insoportables carnívoros de la Asociación Nacional enemiga.

Y entonces el grito fue colectivo, unánime, incluyendo a concursantes, asistentes, jurados y edecanes:

— ¡Cacas de conejos! ¡Que atrapen a los responsables!

Como si cada uno de ellos se convirtiera súbitamente en policía o investigador criminal, los asistentes se dispersaron para encontrar al culpable de aquella fechoría. Se les notaba el grave encono en sus caras y brazos, pues más de uno llevaba en sus manos alguna herramienta, o maleta, o carpeta hecha rollo como para golpear al primer sospechoso de haber cometido tal delito.

El Presidente de la ANAVE gritó entonces con el micrófono en mano:

— Se recompensará con una membresía gratuita, de por vida, a quien localice a los culpables de este oprobio. Declaramos suspendida la ceremonia de premiación por obvias razones y durante dos horas nos ocuparemos de buscar a los culpables por todos los rincones de la Hacienda y del pueblo vecino. Nos reuniremos en la nave de congresos pasadas esas dos horas trayendo los resultados de nuestra pesquisa. Vayan sin detención pues procederemos hasta llegar a las últimas consecuencias.

Entonces, Linda, una niña de seis años que se había hospedado con sus padres en un cuarto de la hacienda cuya terraza daba hacia el Jardín de la Delicias, y que por estar enferma se había quedado toda la mañana en el cuarto, gritó lo que sigue a su madre, quien se encontraba entre los asistentes:

— ¡Mamá! ¡Yo sé quién fue! —gritaba repetidamente sin que su mamá la alcanzara a escuchar, así

que tuvo que ser una amiga de su madre la que la llamara para atender a su hija. Llegó la señora y desde abajo preguntó a Linda:

— ¿Quién fue?

— Yo sé.

— ¿Que quién fue?

— Si me hacen una promesa les digo quien fue.

Otras personas se admiraban de aquél diálogo y se fueron congregando alrededor de la mamá de Linda.

— ¿Qué promesa quieres?

— Prométanme que no le harán daño a los culpables.

— ¿Fueron varios?

— Primero prométanmelo.

— ¡Qué cosas dices! Llamaré al Presidente para que resuelva lo que haremos, yo no puedo prometerte eso.

Corrieron la voz, y en un momento estaba ahí, estupefacto e incrédulo, el Presidente. Él preguntó:

— ¿Que tú sabes quiénes fueron?

— Sí.

— Dime quiénes fueron y te daré un premio a ti y a tu mamá.



— Si me promete lo que le pido se lo diré a usted y a mi mamá y a todos los que están aquí.

— Dime entonces cómo lo hicieron.

— Ya le dije, si hace la promesa les digo.

Entre los asistentes circulaban todo tipo de sospechas:

— Seguro que fueron las edecanes —aseguró un guardia.

— Apuesto a que fue un guardia —reviró una edecán.

— Sin duda fueron los del personal de servicio —opinaron unos congresistas.

— Es evidente que fueron unos niños malcriados, amigos de esta niña y quiere protegerlos —fue el dictamen de un miembro del Gran Jurado.

El Presidente, el Jurado, y los Consejeros de la Asociación, debatían si debieran o no hacer la promesa a la niña. El daño era irreparable, ¿por qué perdonarlos? El honor de la ANAVE había sido mancillado, ¿sería muestra de debilidad tolerar el hecho! Se convertirían en el hazmereir ante el público apenas los medios de comunicación reportaran lo sucedido.

En ese momento tomó la palabra la decana consejera y Chef, reconocida como Princesa del Arroz por sus deliciosos platillos preparados con ese grano:

— Les propongo atender la petición de esta criatura. No tiene remedio lo hecho. Si aceptamos perdonarlos, el peor castigo vendrá para los culpables cuando se haga público el despreciable acto que han cometido. Todas las personas los señalarán de por vida como sucios, vengativos y sinvergüenzas. No se atreverán jamás a volverlo a hacer. En cambio nuestra asociación brillará por su sensatez, por buscar la paz,

incluso con sus contrincantes, y por promover la concordia entre personas de diferentes gustos y caprichos alimenticios.

Mientras hablaba, todos le ponían atención, asentían silenciosamente con sus cabezas, sólo unos pocos hacían gestos de desacuerdo.

El Presidente pidió a los Consejeros votar en secreto en favor o en contra de realizar la promesa. Al hacer el recuento de votos, la votación mayoritaria fue en favor de hacerla. No había expresiones de venganza entre ellos, pero sí revelaban malestar y enojo por lo sucedido.

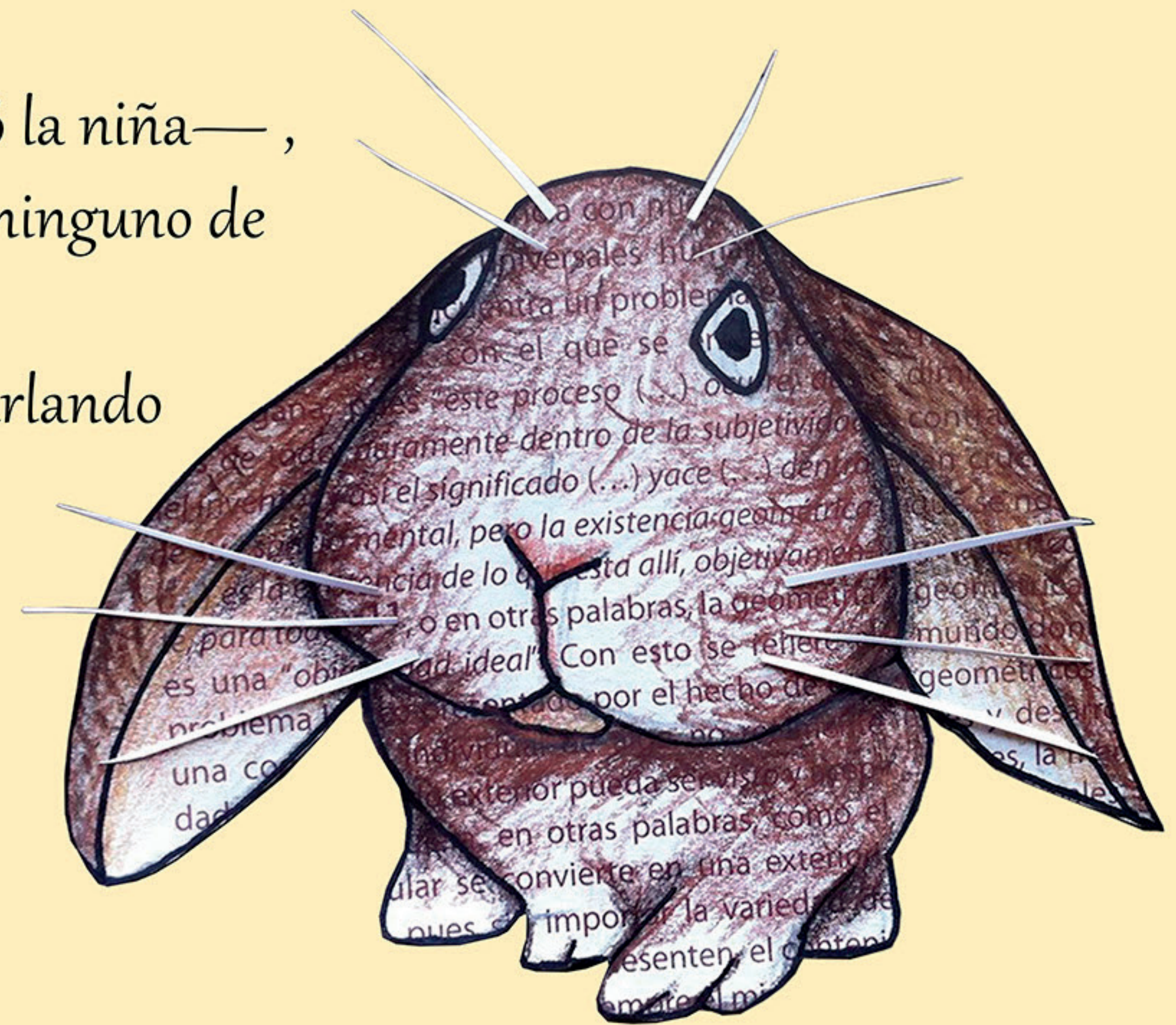
El Presidente volteó hacia la niña y esto dijo:

— A nombre de la ANAVE, aseguro que no se ejercerá acción legal alguna, ni administrativa, ni penal ni judicial, ni moral, contra ninguno de los culpables de este horrible acto de agravio contra ella. He dicho.

— Esa no es una promesa, ¿verdad papás? —preguntó la niña—, no se entiende. Yo quiero que prometa que no castigarán a ninguno de los conejos ni hoy ni nunca jamás. Que lo repita.

Todos los asistentes se miraron, sentían que se estaba burlando de ellos. ¿Cómo que unos conejos? ¿Cuáles conejos?, se preguntaban.

— ¡Que lo repita! —exigió ella nuevamente, dando un zapatazo en el piso.



El Presidente y sus Consejeros consideraban absurdo hacer la promesa, pues sentían que la niña les estaba tomando el pelo.

— ¿Cómo que unos conejos? —le preguntó,

— Repita la promesa — insistió ella.

— ¿Segura que fueron UNOS CONEJOS? —repitió el Presidente con gestos burlones, y mirando hacia los asistentes.

— Sí, repita la promesa.

— Lo haré si nos dices cómo lo hicieron.

— Sí les diré cómo, pero repita la promesa.

El Presidente, volteando hacia los asistentes, repitió la promesa que le solicitaba la niña. Ella le demandó:

— Ahora repítala volteando hacia mí.

El Presidente se puso colorado, luego carmín, luego rojo y al último, morado, y por insistencia de los congresistas, volteó hacia ella y esto dijo:

— Prometo que esta asociación no castigará a los conejos, ni hoy ni nunca jamás por lo que nos hicieron.

— ¡Que lo repita! —exigió ella nuevamente, dando un zapatazo en el piso.



— Mmmm, está bien, prometido, ahora tienen que cumplirlo.

— Ahora dinos cómo lo hicieron —exigió el Presidente señalándola con su dedo índice.

— Es un cuento largo, siéntense y les platico — se notaba que tenía muchas ganas de platicarlo, pero lentamente.

Con disgusto, y seguros de que la niña había imaginado lo sucedido, se sentaron en el pasto húmedo del Jardín de las Delicias. A insistencia de los más lejanos que no escuchaban bien por los rumores que se propagaban, le pasaron el micrófono a Linda, y desde su ventana, comenzó a relatarles lo sucedido.

A cada frase suya la interrumpían, incrédulos. Ella seguía platicando con calma y con gestos de que cuanto platicaba era obvio, aún así les precisaba lo que pedían. Llegado su relato al punto en que los conejos probaban y discutían sobre la calidad de los platillos, no le creyeron eso de que discutían entre sí y le preguntaron.

— ¿Cómo sabes que les gustaban o no les gustaban los platillos? ¿Te estás burlando de nosotros? Ella sonrió comprensivamente, pues tenía claro lo poco razonables y comprensivos que son los seres humanos y continuó:

— Lo sé por los gestos que hacían: si algo les gustaba, daban saltos y maromas, o chillaban alegremente.

Una de las asistentes preguntó a la madre de la niña: “¿No tendrá fiebre?” Seguro que no daba crédito a las palabras de la criatura.

Linda continuó:

— Si algo no les gustaba, pataleaban con las patas traseras y en contra de los platillos, por eso están regados por las mesas.

Todos voltearon hacia allá, verificando que así fuera, ¡y en efecto! Eso se podía observar por el reguero de varios platillos. Así que por primera vez, había al menos un mínimo de veracidad en sus palabras.

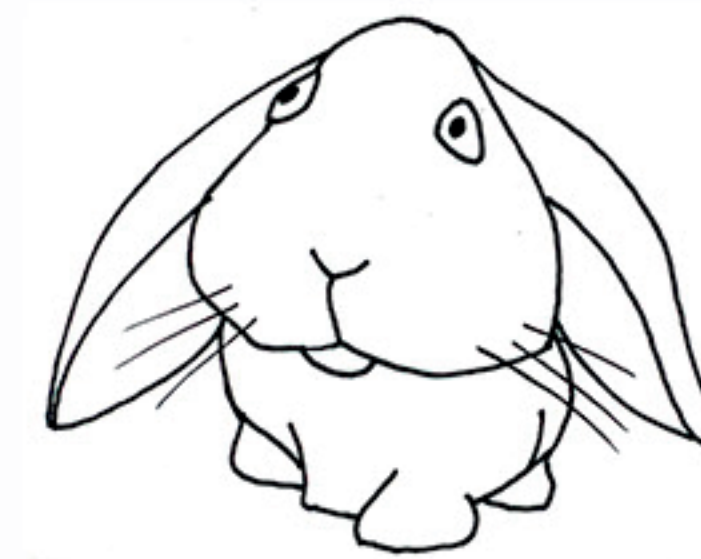
— Y cuando algo de verdad les disgustaba, soltaban unas bolitas junto al plato, más bolitas si estaban muy inconformes con el platillo.

¡Ah! Fue el grito general de los asistentes, que se tapaban las narices, mientras volteaban hacia las mesas. Algunos de ellos se acercaron a ellas, y ciertamente, en algunos platillos había montones de bolitas, en otros no. Mmm, en las mesas ciertamente había otras evidencias parciales de lo que ella afirmaba. La Jefa del Jurado entonces le pidió, muy solemne:

— Al parecer nos has dado evidencias del desagrado con esas bolitas, pero no del gusto por los platillos, salvo esos saltos y malabares que sólo tú viste. Yo te creería tu cuento si nos proporcionaras evidencias de lo que dices cuando les gustaban los platillos.

Volteando hacia su mamá, la niña pronunció:

— Mamá, ¿qué dice esta señora?



¡Ah! Fue el grito general de los asistentes, que se tapaban las narices, mientras volteaban hacia las mesas. Algunos de ellos se acercaron a ellas, y ciertamente, en algunos platillos había montones de bolitas, en otros no.



— Que cómo sabemos si les gustaban unos platillos.

— ¡Ah! ¡Es muy fácil!

— ¿Cómo? — fue otro grito general de los asistentes, muy atentos por tanta intriga.

Ella medio que se asustó por la exclamación colectiva, y viendo el rostro de su mamá que la invitaba a responder, siguió:

— Por ejemplo, si les gustaba un platillo a los papás, les decían a sus hijos que quien hizo el platillo había seleccionado muy bien las verduras, que eran frescas y no estaban amargas, que estaban bien lavadas. Les decían cómo escogerlas en caso de que se las encontraran por los campos, para que les supieran muy sabrosas.

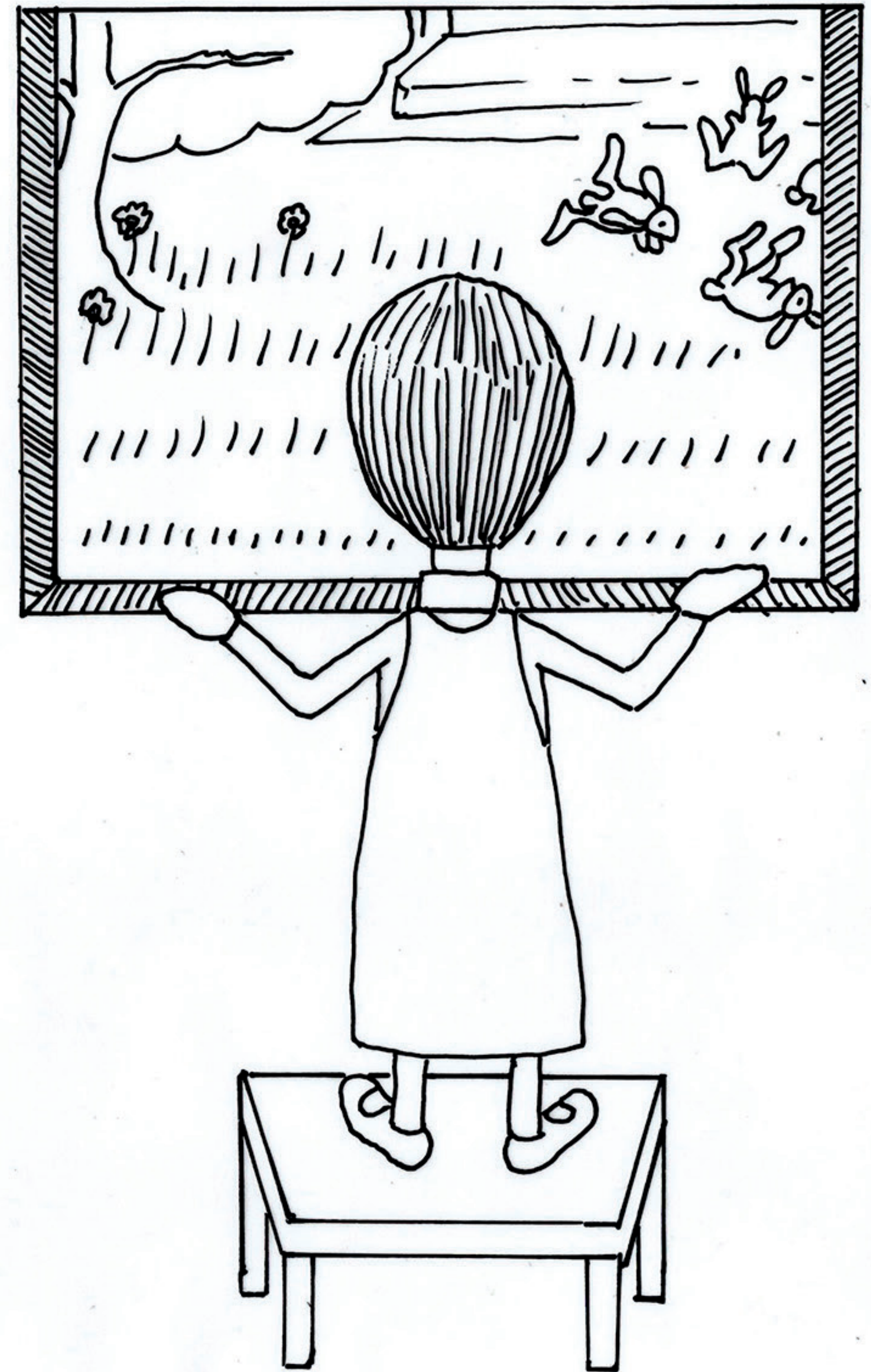
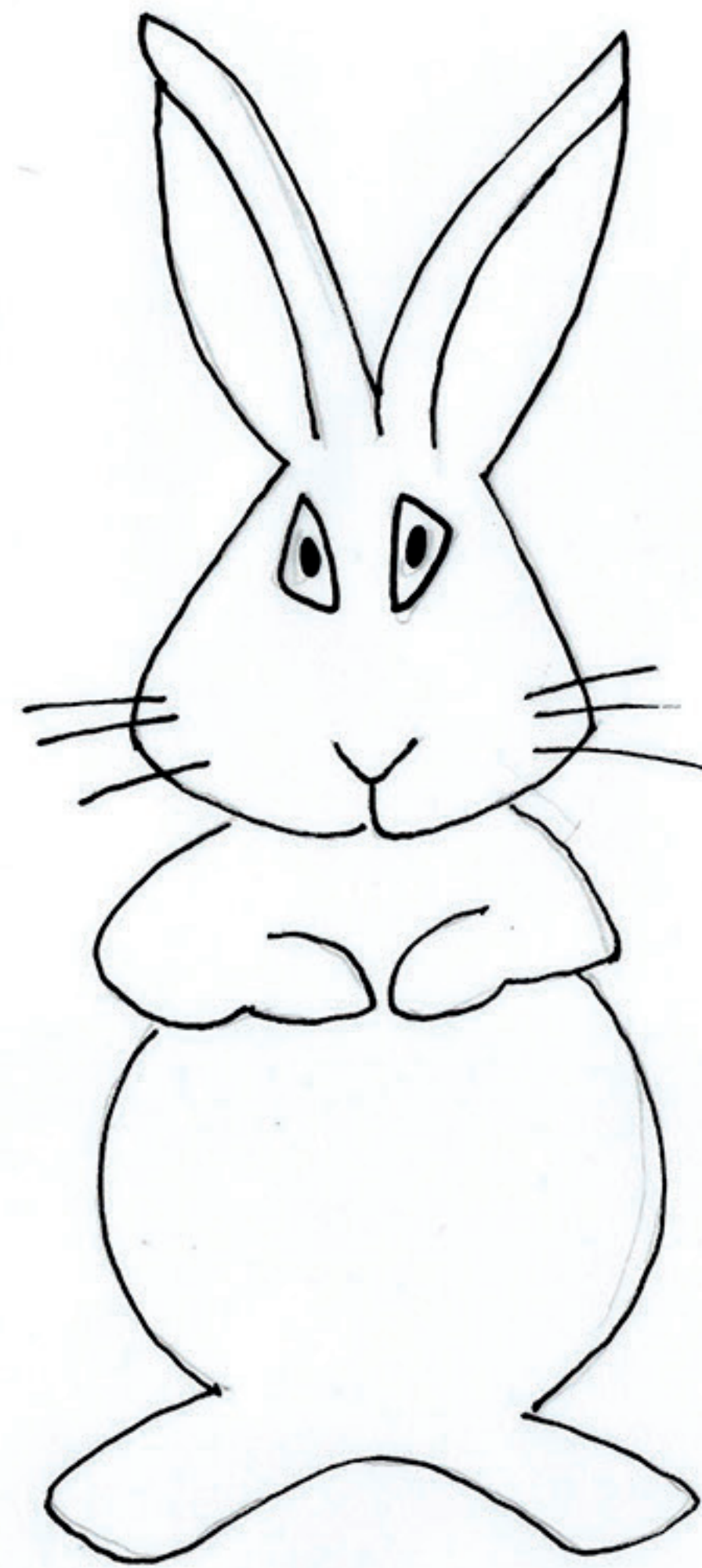
La jefa del Gran Jurado, afirmó entonces, levantando la cabeza y estirando el cuello:

— Eso no es creíble, ni puedes comprobarlo, seguramente estás inventando — y continuó: — ¡Danos verdaderas evidencias de qué hacían cuando les gustaban los platillos!

Linda continuó con cara de seguridad, y como si esperara esta petición, contestó con voz más lenta y acentuada, como cuando las maestras explican a los infantes que no entienden algo:

— Si les gustaba un platillo, después de dar saltos y malabares, metían una patita en una salsa o aderezo, y cojeando de esa patita, llegaban hasta el letrero con el nombre del platillo y lo marcaban con esa pata. Por eso unos letreros tienen más marcas que otros.

¡Ah! Ese fue otro grito unánime de los asistentes, aún más fuerte que el anterior. Esta vez todos los Chefs concursantes corrieron hacia las mesas para ver las tarjetas con los nombres de sus platillos, para



examinarlas. En la carrera por llegar, se tropezaban unos con otros y maltrechos, regresaron uno por uno reportando sus hallazgos:

— ¡La mía tiene once patitas pintadas!

— ¡La mía tiene más, 15 patitas!

— ¡Les gano, la mía tiene 18!

— ¡Yo voy arriba! ¡Tengo 21!

Otros Chefs, que no reportaban sus resultados, empujaban discretamente por la parte trasera y hacia el suelo, los montones de caquitas que acompañaban a sus platillos.

— ¡Gané! ¡Gané! ¡Mi tarjeta tiene marcadas 25 patitas! — fue el grito de felicidad de una Chef jovencita que había estado entre las más incrédulas cuando la niña iniciaba su relato.

Los concursantes con tarjetas marcadas se fueron acercando al Gran Jurado para proporcionarles las evidencias encontradas en ellas.

El Presidente, la Jefa del Jurado y el Gran



Jurado dictaminador, no sabían qué hacer con las tarjetas que llegaban a sus manos. Uno de ellos sugirió “sesionar en privado”, irse a una sala y decidir sobre tan difícil situación, pero no frente a los congresistas.

Los asistentes, sorprendidos por las evidencias y convencidos de la demostración de lo que había relatado Linda, no dejaron que el gran Jurado decidiera en privado y ordenando entre todos, gritaron:

— ¡Que se respeten los votos de los conejos, ellos sí que son parejos! ¡Que se respeten los votos! ¡Ellos sí que son parejos!

Todos tenían hambre, querían terminar con tanta incertidumbre y dilación en el programa del Congreso. Era hora de dictaminar y con gritos y porras, más presionaron al Presidente y a los Consejeros a que dieran por válidos los resultados emitidos con las marcas hechas por las patitas de los conejos.

Se miraron entre sí el Presidente, la Jefa y los miembros del Jurado. Se sabían en una situación muy difícil, pues unos pensaban en el gran escándalo que se haría en el mundo si dieran por válido ese resultado, y estaban como si escucharan a los más críticos de los carnívoros llenándose la boca de expresiones como ésta: “Los veganos son tan preparados, que dejan sus dictámenes a los conejos”. Eso sería no sólo vergonzoso sino insoportable para la Asociación. Otros por el contrario, imaginaban que año con año, podrían convocar a los Chefs veganos de todo el mundo a concursar con sus platillos durante su congreso, con un jurado de conejos debidamente aseados, vestidos de gala y con una pequeña bacinica al lado de cada platillo, por lo que se ofreciera. Sería un acontecimiento inédito, que convertiría a la Hacienda en un emporio turístico y gastronómico, de reconocimiento nacional y mundial.

Los asistentes no los dejaron ir a la sala, gritando que dieran frente a ellos e inmediatamente, el resultado del concurso.

Sudando y con mucho temor evidente en su rostro, el Presidente dio el anuncio:

— Declaro oficialmente válidos los dictámenes emitidos por los conejos y haremos de inmediato la entrega de los premios a todos los primeros lugares. ¡Felicitaciones a las y los ganadores y a los participantes! Al terminar, brindaremos y comeremos juntos para celebrar la complicada y apurada terminación de nuestro excepcional Congreso.

Los concursantes ganadores y los asistentes, como Linda con sus familiares, se abrazaban y no dejaban de gritar una y otra vez al unísono ¡hurra!, ¡hurra!

Mientras los fotógrafos y los ganadores se preparaban para la toma de las fotografías conmemorativas, unas edecanes, muy discretamente, retiraban de las mesas las bolitas restantes. Linda besó entonces, muy feliz, a sus papás: había logrado salvar a los conejos.

Fin



Miguel Ángel Izquierdo Sánchez
San Luis Potosí, SLP. 1953.

Es autor de once cuentos infantiles
publicados:

Caballo Alazán tostado,
En el corral de mi abuelito,
Sonrisete,
Las gemelas caramelas (bilingüe),
El susto de Neto,
Mi papá descubre la verdad,
Los gigantes de Casa de Piedra,
Versos escondidos,
Tlacuatzin,
Axolotla
y
Congreso Vegano.



Goza al realizar actividades de promoción
cultural, como produciendo fotografías, dibujos y
esculturas en pequeño formato, de artistas,
bailarinas y paisajes míticos.

Ha publicado además quince libros de relatos y crónicas: Tallas a la Tanquianera (Anécdotas de los pobladores de la Huasteca, 2011); Estampas y relatos de viaje (2012), Pianís (2012, bilingüe), Paseantes por la Calzada de Guadalupe (2014), Adiós a mis libros (2016), Crónicas Matrias (2016), Mis parientes (2017), Tenis en mi corazón y en mi mente (2017), Andanzas por el sistema educativo (2018) y Crónicas de emociones (seis volúmenes).

Es uno de los coadministradores o fundador de los grupos y páginas de Facebook siguientes:

Artes por todas partes de Morelos, con 34,300 miembros

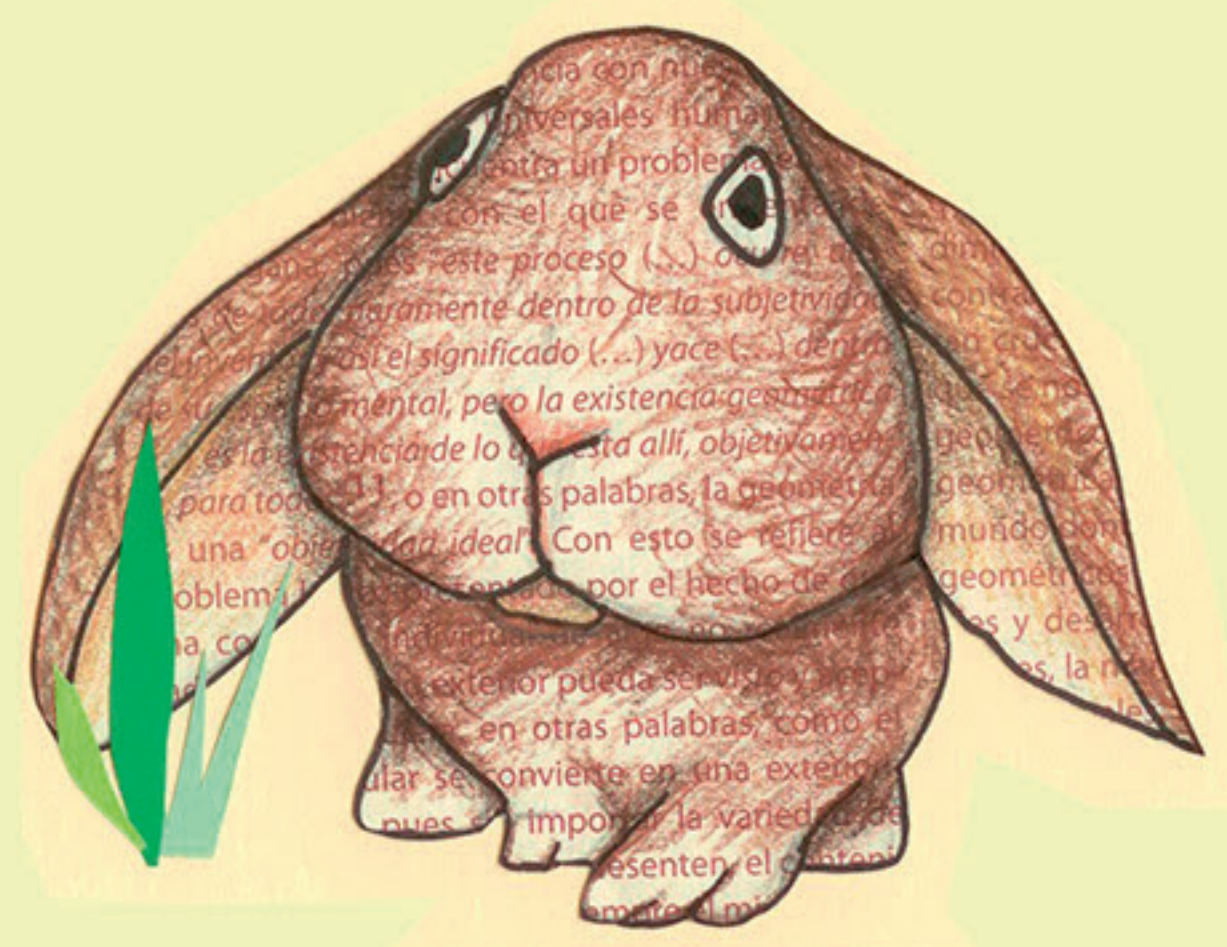
Cartelera Morelos, con 10,370 seguidores

Cuernaculta, con 4,750 miembros

Cartelera Infantil morelense y regional, con 1,450 miembros

Aves, flora y paisajes de Morelos, con 1,655 miembros

UPNianos & aliens, con 10,531 miembros





mas fle... no el
a la te... respu
lia (fre... a sus v
el pro... de com
... se r
... si o
... Preje
... ecurre a la extuar
... todos los elemen
... os en la al
... caso
... de cita... etcete
... Pico en su ambito
... e la practica
... ari la disputa, una
... e la textualidad y la ex
... dad preparatoria o pro
... el texto. En Pico que
... extra extu
... en a
... o, u